

ORIEL.

No me atrevo. Todos me maltratan, todos me hieren. Tus soldados dejan caer sus lanzas sobre mi espalda. Tus sátrapas me escupen á la cara. Tus cortesanos me azotan con sus látigos. Muchas veces se olvidan en este palacio que el infeliz esclavo está allá en el hondo y negro antro de sus cimientos, esperando un amargo bocado para satisfacer su hambre. Cuando vuelven de dar la comida á tus perros, me arrojan, señor, las sobras. Y yo no me quejo. Sé que me han formado de una carne distinta de vuestra carne, que me han infundido un espíritu diferente de vuestro espíritu. Sé que vosotros habeis nacido para ser poderosos, felices, y yo he nacido para esclavo. Vuestros dioses cogieron el aire más puro que vagaba sobre la tierra, y crearon con tan vívido elemento á los poderosos. Y cogieron negro barro, y formaron con tan impura materia á los esclavos. Por eso vosotros habitais en los palacios, y nosotros en las cuevas; vosotros vagais por los jardines, nosotros por las sombras; vosotros bebeis ricos licores, nosotros amarga hiel; vosotros teneis dioses, nosotros instintos; vosotros mandais, y nosotros obedecemos; vosotros vivís vida feliz, y

nosotros con la cadena al pié, llevando las piedras á los grandes edificios en nuestras espaldas, componiendo las argamasas con el sudor de nuestra frente, levantamos estas grandes fábricas para vuestro gozo y vuestro recreo. Alguna distancia ha de haber del que ha nacido en rico lecho de púrpura, al que ha nacido en pobre monton de hojas secas; del que habita estos palacios dorados, al que habita una cabaña de paja y de heno en la orilla de un torrente ó en el borde de un oásis. Si al ménos nuestros señores nos dejasen allí...

NINIAS.

Tú deseas una cabaña de paja. Yo no deseo nada. Aquí, en esta altura eminente, hay más soledad que en el desierto. Al ménos el habitante del desierto puede correr á su antojo por aquella inmensidad, perdido en un templo cuyas lámparas son estrellas, cercano á las fuentes de vida de nuestra madre naturaleza, á quien nunca se le pide en vano un consuelo. Pero yo aquí, entre estas riquezas, en esta nube de humo que forma el incienso, rodeado de cortesanos que me adulan, de mujeres que me entregan su hermosura, de sacerdotes que me llaman dios, de magos que

me ofrecen el filtro de su ciencia, de guerreros que me defienden con sus armas; aquí no tengo libertad.

ORIEL.

¿Y qué es libertad?

NINIAS.

No debes saberlo, para no ser más desgraciado.

ORIEL.

¡Más desgraciado! ¿Pues qué, cabe más dolor en el mundo? Yo no tengo patria, no tengo una piedra donde reclinar mi cabeza. No sé qué calor se siente en el dulce regazo de una madre. No sé cómo se descansa bajo el techo del propio hogar. No he recibido en mis heridas una lágrima, ni en mi frente un beso. Jamás en las grandes tempestades de la vida he visto una mirada dulce y cariñosa, como el polluelo vé la mirada de su madre que aletea sobre el nido, y el cachorro los ojos de la leona tendida en la madriguera. Cuando me vuelvo á todas las regiones de la naturaleza, encuentro seres más felices que yo, y envidio al tigre que corre por el bosque y que tiene

una compañera y una caverna. Yo he dejado por la tierra un reguero de lágrimas, un surco de sangre. Iba al fondo de una cueva, y allí tenía por compañeros el viento que mugía, el torrente que bramaba, las ramas de los árboles que producían melancólicos rumores, el lagarto que se deslizaba á mis piés, el águila que hacia su nido sobre mi cabeza. Pero la soledad me atormentaba. No oír los latidos de un corazón querido, no ver nuestra propia imágen retratándose en amorosa mirada, no compartir con ningún sér la palabra que involuntariamente cae de nuestros lábios, no unir nuestras fuerzas á otras fuerzas para trabajar sobre la tierra, es la más acerba de las desgracias; porque el corazón se vé sólo, mientras en el seno de la naturaleza mira hojas pegadas á las ramas, ramas unidas al tronco, el tronco alimentándose de la tierra, la tierra embebeciéndose en el amor del cielo, el cielo ostentando estrellas, y esas estrellas caminando unidas por el éther en eternos y maravillosos conciertos. Decidí bajar de mi soledad al mundo, de mis cavernas á las ciudades, del trato con la naturaleza al trato con los hombres. Nunca lo hubiera pensado, nunca. Al ménos en la soledad oía el cántico de la alondra por la mañana y del ruiseñor por la noche, bebía

el agua pura destilada de las peñas y recogida en el hueco de mi mano, devoraba con hambre el sabroso alimento que pródigos me ofrecían el cocotero y la palmera, respiraba las esencias de las selvas que continuamente esparcían aromas en mi camino, reposaba en una cabaña de yedra, á cuyo techo venían á anidar las palomas, y á cuya entrada dormitaba el perro; y vivía tranquilo sin carecer de un abrigo que me ofrecían las hojas y las plantas, comunicándome con un dios, con un genio superior que mi instinto encontraba en el estremecimiento de la tempestad ó en las magnificencias de estrellada noche. ¡Cuán otro fui desde el punto en que bajé al mundo y quise ver á los hombres! Si me acercaba á la puerta del templo para decirle al sacerdote que me mostrara su dios, y diera esa luz, ese resplandor del cielo á mi alma oscurecida, el sacerdote me cerraba las puertas, suspendía el sacrificio, y me arrojaba de su presencia, hiriendo mis espaldas con su látigo y manchando mi rostro con su saliva. Si me sumía en el polvo al ver pasar al monarca, y con las manos plegadas, trémulo, convulso, le decía que me admitiera en su reino, que me dejara reposar un instante en compañía de los hombres, que me cediera al ménos un mon-

ton de polvo donde tender mis miembros fatigados, al punto un gran tormento caía sobre mi cuerpo y una gran maldición sobre mi alma. Si encontraba al guerrero, y acercándome á su carro, y deteniendo sus elefantes, le decía que me llevara consigo á la guerra y á la muerte, sardónica risa contestaba á mi demanda, y atroz lanzada hería y ensangrentaba mis carnes. Si veía al caminante andar fatigado con el peso de alguna mercancía sobre sus hombros, y me acercaba, y de rodillas le pedía que me cediera aquella carga, se apartaba de mí desalado, y corría á la próxima fuente, al río, á lavarse los ojos y el cuerpo, profanados por mi sombra. Y cuando cansado de llamar á todas las puertas, de recurrir á todas las castas, de pedir compasión á todos los hombres, de arrastrarme en el polvo, iba al último refugio del corazón, á las clases pobres, á los seres inferiores, tan aherrojados como yo, y tan aborrecidos, en vez de encontrar consuelo, hallaba hombres oscurecidos que se apartaban de mí ¡ay! de mí, que no había cometido más crimen que ser, como ellos, desgraciado. Y cuando algunas veces he encontrado la pastora guiando por el campo su ganado, y atraído por el encanto que su presencia me inspiraba, he

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

ido á ofrecerle mi brazo para defenderse del lobo, mi manto para abrigarse contra el frio, mi choza para guardar sus corderillos, mi corazon para compartir el dolor de la vida, me ha dicho que sus dioses le mandaban no oirme, y se ha ahuyentado de mí con más presteza que de las fieras, sin atender á mis súplicas, sin conmoverse á mi llanto. ¡Cuántas veces he deseado hacer bien, y no he podido hacerlo; he arriesgado mi vida por derramar un beneficio, y ha sido rechazado como el más funesto de los dones, condenándome la fatalidad á envidiar á los seres que no aman, como la piedra fria, ó á los seres que llevan en su instinto el odio, en sus garras la muerte, como la pantera, como el tigre, más compasivos á mis ojos que el hombre! Por eso he ido al desierto, y le he pedido la amistad que me negaba el corazon humano; he ido á la fuente, y he encontrado una lágrima; al bosque, y he oido una voz amiga; á la caverna, y he tenido un asilo; á las montañas, y he visto en ellas un trono más alto que el trono de los reyes; á los torrentes, á los volcanes, á los valles, á las selvas, y he sentido que la naturaleza entera con sus rumores, con sus ecos, acompañaba mi voz y esparcía mi oracion y mi plegaria entre los arboles del

cielo. Pero no tener una choza donde me aguardara una mujer querida, no oir un suspiro de placer en mis horas de felicidad, ni un suspiro de dolor que acompañara en mis horas de desesperacion mis penas; encontrarme solo y desamado en un mundo en que todos los seres aman; ver mi conciencia sin dios, mi espíritu sin ideas, mi corazon sin esperanza; herido siempre por los elementos y por la naturaleza; falto de compasion é imposibilitado para el bien; pugnando en vano por sacrificarme á los piés de los hombres, que me rechazaban de sí; maldecido, condenado por todos; con el estigma de los sacerdotes en la frente, con el desprecio de los reyes en el encendido rostro, con las lanzadas del guerrero en el pecho, con los latigazos de todas las clases en mi amorado cuerpo, he entrado en este palacio, donde me ha arrastrado la fuerza, y me he visto relegado á las sombras, con una cadena al pié, trabajando sin descanso, durmiendo en un antro, devorando como sabroso manjar las sobras de los perros, sin atreverme á lanzar un quejido, porque sé que desde el día de mi nacimiento llevo á mi lado esta sombra, esta réprobacion, la cual me sigue á todas partes, y me acompañará hasta la muerte, si es que hay para los desgraciados muerte.

NINIAS.

¡Oh! Me has hecho derramar una lágrima. Arrancar de mi corazón una lágrima, es como arrancar un torrente á las arenas del desierto.

ORIEL.

¡Una lágrima! ¿Habeis derramado, señor, una lágrima? Jamás en mi larga vida ha caído sobre mí una lágrima. Ese precioso tributo de compasión que vuestros ojos despiden, me inunda de vida, llega hasta el seno del alma, que se renueva como la pobre flor agostada reverdece y se levanta erguida cuando cae sobre su corola una gota de rocío. Señor, aquí, aquí estoy á vuestros piés, dispuesto á recoger esa lágrima y á engazarla en mi memoria, donde será un brillante más puro que los quebradizos que adornan vuestra corona de rey. Esa lágrima, bebida por mi alma, la dulcificará siempre, siempre. Señor, un instante de compasión hace feliz á un desgraciado.

NINIAS.

Calla, calla. He llorado... Ja... ja... ja... Pues ya me río. Llorar yo, y llorar por un esclavo, ¡qué afrenta!

ORIEL.

Así como los ríos no pueden volver á su fuente, esa lágrima de compasión que ha caído sobre mí no puede volver á tus ojos.

NINIAS.

Esclavo, Ninias ha hecho derramar muchas lágrimas, pero no ha llorado nunca.

ORIEL.

Las lágrimas son un rocío del cielo, que solo caen cuando no está abrasada y seca el alma.

NINIAS.

No me recuerdes que he llorado.

ORIEL.

No lo recordaré. Le basta á la flor recoger la gota de lluvia, y encerrarla en su cáliz, y esparirla por sus hojas, para que le dé vida.

NINIAS.

Ahora mismo voy á entregarme al placer, para apagar todos estos sentimientos de compasión que se levantan en mi alma. La noche viene sobre

nosotros. Voy á preparar un gran festín. Allí habrá copas rebosando vino, música alegre, sacrificios á los dioses, danzas lúbricas, orgías insensatas. Y voy á mandar poner el lecho para mi esclava Hifalia. Las manos del celoso Sátrias lo han de mullir y han de colgar en sus almohadas la corona de mandrágoras destinada á embriagar con sus perfumes. Sacudamos todo sentimiento triste. Vivamos, porque al fin no hay en la tierra más vida que el placer. Yo necesito embriagarme, perderme en los placeres, para olvidar que soy Ninias. (*Se vá, dejando su manto y su corona sobre el lecho donde estaba tendido*).

ORIEL (*solo*).

La noche viene, y envuelve á la naturaleza entera en su manto. Mi corazón está más tranquilo. Es la primera vez que he visto llorar por mí. Esta lágrima no se borrará nunca, nunca, de mi corazón, que la guarda como el único tributo de compasión alcanzado en esta larga y tempestuosa vida, llena de dolores. Lágrima bendita, refrigera un poco mi vida, abrasada en los profundos y oscuros calabozos donde mi esclavitud se arrastra

SÁTRIAS (*seguido de Hifalia, y sin ver á Oriel*).

¡Ah! la serpiente de los celos me ha mordido el corazón. Entregarle al rey sus caricias, no lo hará nunca, por su vida, Sátrias. Antes buscaré en tu pecho el corazón, y arrancándotelo con fuerza lo arrojaré á las plantas de ese imbécil. ¡Tú en sus brazos, tú prodigándole caricias, tú animando aquel pecho yerto!... Te tratará como trata al mullido almohadon que le sirve para calentarse los piés, ó al pintado abanico que le renueva el aire, ó al pebetero que perfuma su estancia. ¿Y para eso te arranqué yo de los altares de Egipto con mi espada, que no podría levantar del suelo ese tirano? Una nube de sangre oscurece mis ojos. Mi pensamiento desvaría. Todos mis instintos se sublevan y rebotan en mi cuerpo como la onda que penetra en una caverna impelida por el huracan. Me parece que le veo tender sus brazos por tu cuello de cisne, fijar sus mortecinos ojos en la lumbre de tus ojos, arrancar palabras de amor á tus lábios, y reanimarse de alegría y de placer. ¡Oh! No sucederá. Antes arruinaré á Babilonia. Antes descenderá Belo de los astros á aniquilar á todos los hombres con su espada de fuego. Si viene, mi mirada le matará, como la

serpiente mata al pajarillo. El rey tambien tiene pendiente de un hilo su vida. La punta de este puñal bastará para cortar ese hilo. Cuando caiga su cadáver á mis piés, ¿quién sabe si serás tú reina de Babilonia?

ORIEL (*para si*).

¿Qué oigo? ¿Qué oigo?

SATRIAS.

Se imagina que lo puede todo. Vida, alma, dioses, todo lo hemos entregado á ese imbécil, que nos cree un ható de ganado. Yo le enseñaré que no puede llegar hasta el corazón con su cetro, que no puede dominar el alma con su imperio. Cuando crea encontrar un placer, se encontrará un dolor. Cuando crea que te va á abrazar, abrazará un esqueleto. Cuando imagine tenderse en su lecho, caerá en el sepulcro. Esta noche de amor va á ser la última noche de su vida. Su manto nupcial será el sudario, su lecho será la tumba, su anillo será el lazo de la muerte, su amor la negra nada. En vez de encontrar una mujer ardiente y hermosa, encontrará la fria y descarnada imágen de la muerte. Y esta manía, esta mano que él menosprecia, tiene el de-

pósito de su vida. Ardo, ardo en celos. Mi corazón se consume. Mi vida se apaga, si no apago la vida del rey. Hifalia, ¿lloras?

HIFALIA.

¿No he de llorar al verme tan desgraciada? Mi única ventura es tu amor. Todavía me parece que te veo entrar por las puertas de mi templo, jadeante, cubierto de sudor, iluminado por el reflejo de la victoria, despidiendo de tus ojos el relámpago de la guerra. Todavía guardo en mis lábios la impresion de tu primer beso de fuego. Todavía recuerdo con placer aquellas batallas en que yo iba á tu lado sobre el carro de guerra, que corría como tempestuosa nube desafiando las lanzas y las flechas. Todavía oigo tu voz que me decia: «viviremos y moriremos juntos.» Y ahora voy á abandonarte, á obedecer la voluntad de otro hombre que me arrojará entre sus favoritas, allá en dorado serrallo, sin libertad, sin vida, más triste aún que el ave apartada de sus bosques y recluida en una jaula, contra cuyos hierros por fin estrelló su cabeza. Sálvame, Satrias, sálvame de ese hombre que va á ser mi verdugo. Yo no tengo más esperanza que tu valor, ni más refugio que tu corazón.

SÁTRIAS.

Te salvaré, y salvaré á Babilonia. Esta gran ciudad, reina del Oriente, necesita un rey guerrero que lleve su nombre hasta los confines de la tierra. Las ciudades que no pelean, y se encierran en su serrallo, y se coronan de rosas, y se embriagan, y se entregan al placer, flacas y envilecidas, no tienen fuerza para moverse el día que blanden sobre su cabeza audaces enemigos sus afiladas lanzas, y dejan caer de sus sienas la corona que les ciñeran sus héroes y sus dioses. Yo veo á Babilonia vacilar como el ave que lleva oculta en sus alas ponzoñosa flecha. Yo la veo descender una á una las gradas de su trono, y oigo resonar el eco de sus sandalias de mármol en la oscura eternidad. Yo la veo pugnar en vano por erguir la frente, si, la frente antes altiva, que cae por su propio peso lánguida y fria sobre el pecho, arrojando así á los abismos la corona en que cada rey ha puesto un diamante más claro que luminosa estrella. Yo oigo en la callada noche, cuando el viento del desierto choca en los siete muros de Babilonia, un prolongado lamento que se pierde en la inmensidad, como si un dios se quejara con luctuoso quejido de muerte. Y salvaré á Babilonia con esta arma.

HIFALIA.

¡Oh desengaño!

SÁTRIAS.

¿Qué dices de desengaño? Acaso pensabas engañarme; acaso creías que no era yo capaz de matar á Ninias; acaso te imaginabas ya á su lado reina de Babilonia, sentada en su trono, con mil esclavos á tus piés, con guardias á tu lado, con una corona de perlas en tu frente, arrastrando rozagante manto de púrpura y siendo dueño del Asia? Te engañabas, infame, te engañabas, tú que aumentas con venenoso soplo el fuego de mis celos.

HIFALIA.

No entiendes mi corazón, no conoces mi alma. Vosotros, que juzgais á la mujer esclava por su naturaleza, destinada á satisfacer vuestros instintos, no mirais nunca al fondo de su pensamiento, ni os curais de las palabras que pueden herirla de muerte. Cuando yo creí que tu furor, tu rabia, tu deseo de venganza no tenían más origen que tu amor á mi, veo dolorida aparecer en las sombras una gran rival, Babilonia. Y eso me desgarró.

ra el pecho, porque tambien yo soy celosa. Tú no aborreces al rey porque ama á Hifalia, sino porque posee á Babilonia; tú no le maldices porque me arrastra á su lecho, sino porque atormenta á tu ciudad; tú no le matarás por ser mi amante, sino por ser tu tirano; tú no buscarás el corazon del jóven que ama á tu cautiva, sino el corazon del rey que cautiva á Babilonia. Y ya ves que Babilonia es rival más temible, mucho más temible que Ninias. El rey es un jóven desmayado, trémulo, moribundo, que desaparecerá pronto de esta tierra, cancerada su frente por la corona y su corazon por el placer; y Babilonia es una hermosa reina, eterna, con mil coronas, con inmensos dominios, con millones de esclavos, y con un trono que es dueño del Asia. Dime, Sátrias, si la pobre Hifalia no debe recelar de la eterna Babilonia.

SATRIAS.

No receles, Hifalia, no receles de tu amante, que daría Babilonia por un beso de tus ardientes lábios. Yo he visto á ese rey vestido de mujer, acostado en un lecho de rosas, con la impura copa rebosando vino en la mano, los piés hundidos en las entrañas humeantes de una pobre mu-

jer sacrificada á sus insensatos delirios, dejando que los bárbaros arrojaran sus flechas contra sus ciudades y se abreváran en la sangre de sus vasallos, indiferente y helado como una esfinge, corroido por el placer, pálido como el remordimiento, y nunca me he movido á libertarme de él y libertar á su pueblo. Pero ahora que ha puesto sus ojos en ti, que te quiere fascinar como la serpiente, que se tiende en mi camino para robarme la felicidad, ahora le aplastaré bajo mis piés, porque yo no puedo consentir que manche con su venenosa baba la flor de mis amores, en cuyas hojas duerme y descansa mi alma. Ya lo verás, ya lo verás. En estos palacios de Oriente no se puede habitar sino teniendo por compañero el crimen. Con mujeres prostituidas y esclavas, con sátrapas ambiciosos, con cortesanos inmundos, con guerreros viles, con tiranos imbéciles, no puede haber más relacion que el miedo, ni más salvacion que el puñal. Pero yo miraba al tirano indiferente, hasta que el tirano te ha mirado á tí. Desde este punto, la idea sombría de su muerte ha penetrado en mi conciencia, y tengo que refrenar mi brazo, porque, cuando le veo, el mismo puñal salta en mi cinto, como una víbora ansiosa de morder. Créeme, Hifalia: en tus aras

voy á sacrificar una victima como no la ha tenido igual ningun dios de la tierra; en tus aras voy á sacrificar un descendiente de Semiramis, un hijo del sol, un rey de Babilonia.

ORIEL (*para si, y sin ser visto*).

¡El rey que ha derramado sobre mis dolores una lágrima! ¡Nunca, nunca!

UN ESCLAVO (*que aparece á la puerta del salon*).

Ninias manda á Sâtrias que extienda el lecho de Hifalia, que lo cubra con cendal de blanco lino sembrado de estrellas de oro, que esparza flores de mandrágora, y que reúna todas las esclavas para que entonen un coro voluptuoso á Millitta, mientras se entrega á sus amores. (*Váse*).

SATRIAS.

Antes mil veces le arrancaré el corazon. El cendal que yo extenderé será el sudario; el lecho que prepararé será el sepulcro; las flores que esparciré tendrán escondido en sus cálices un puñal; y el único coro que haré resonar bajo las bóvedas del palacio, será el coro fúnebre que anuncie á Babilonia la muerte de Ninias. Huye, Hifalia, y ocúltate, mientras yo aguzo mi puñal y es-

pero al rey, que está en la torre de los magos. (*Se vá Hifalia, y se esconde Sâtrias*).

ORIEL (*para sí*).

¿Y no he de pagar yo una lágrima? Ninias ha llorado sobre mi corazon, y ese lloro ha sosegado mi espíritu, como la lluvia del cielo sosiega las alteradas ondas de los mares. Una lágrima de un rey bien vale la vida de un esclavo. ¿Qué haré? ¿Cómo le voy á salvar de una muerte cierta? ¿Iré y le diré lo que maquina contra su vida Sâtrias? ¡Oh! No, no. Yo no puedo olvidar que Sâtrias fué mi primer dueño; yo no puedo levantarme contra mi señor natural, contra el que me arrancó del desierto y me trajo á este palacio. Sabiendo que va á morir, ¿dejaré inerme al rey? No puedo. Aquella lágrima que cayó sobre mi corazon como celestial gota de rocío, tornariase en mi pecho veneno de víboras. Yo no puedo ser ingrato. Pero ¿cómo salvarle sin perder á Sâtrias? Revelar el crimen, es tanto como matar á Sâtrias; callarlo, es tanto como matar á Ninias. Entre estos dos sentimientos lucha mi corazon, está suspenso mi ánimo. Yo no puedo matar al que ha sido mi dueño; pero tampoco puedo matar al que ha llorado sobre mis heridas y ha calmado con ese llo-

ro mis dolores. ¡Oh! Mi alma concibe un pensamiento salvador. No muera el rey, no muera Sátrias; pero muera yo. Al fin, en la vida no dejo ningun corazon que me ame, ni sobre la tierra que cubra mis cenizas caerá nunca, nunca amarga lágrima. Yo respiro un poco de aire que puede ser para otros mortales más felices, ocupo en la tierra un lugar inútil, y ni mi vida es necesaria, ni será sentida mi muerte. Vivan en buen hora los que son felices, los que tienen gran poder, los que se ven amados, los que cuentan padres, hijos, cuyos corazones desgarran con su muerte: que yo soy sombra vana que pasa errante sobre el mar de la vida sin dejar ni una huella. ¿Qué más me dá este palacio que el sepulcro? Allí será la soledad tan triste como aquí; allí reinará el mismo silencio que reina aquí en torno del esclavo; allí encontrará mi cuerpo gusanos que lo devoren tan sucios como los corazones de aquí; allí se extenderán tinieblas que acaso no sean tan espesas como las tinieblas en que hoy vive sumergida mi alma; y si eterno sueño pesa sobre mis ojos huecos y vacíos, y eterna inmovilidad sobre mi cuerpo, pegado á la tierra como el fruto maduro caido del árbol, no tendré en cambio este continuo tormento de horrible y opresor

trabajo. ¿Qué doy yo con mi vida? Nada, nada. Un pensamiento ilumina mi alma. Sátrias está allí escondido esperando al rey. La noche es oscura. El salon está oscuro tambien. Sólamente la luz de la luna, que rasga el velo de las nubes, ilumina estas inmensas estancias. Si me pongo el manto, si me ciño la tiara que Ninias ha dejado ahí sobre ese almohadon, y salgo por esa puerta, y doy la vuelta al palacio, y entro por la galería, al ver Sátrias brillar los diamantes y el manto al opaco resplandor de la luna, me toma por el rey, se lanza sobre mí, me sacrifica, y le doy tiempo para salvarse, para ponerse en cobro, tal vez para decir, si se ve perdido, que me asesinó porque yo habia profanado la púrpura colgándola de mis hombros; y así libertaré á Ninias de la muerte, y le pagaré con mi vida la amarga lágrima que vertiera sobre mi corazon despedazado, única muestra de cariño y de lástima que he recibido en mi lánguida vida. Decidome por fin, cubro mis sienes de esclavo con esta diadema, me envuelvo en este manto, y voy á inmolar me por Ninias. Acierta, Sátrias, acierta á mi corazon con tu hambriento puñal. (*Se va, ornado con el manto y la corona, por distinta puerta de la que está Sátrias*).

SÁTRIAS (*acechando*).

Mi corazón tiembla. El puñal me abrasa la mano. Parece una serpiente que se enciende en ira mientras reúne su veneno para infiltrarlo en las venas de la víctima en cuyas carnes va á clavar sus mortales mordeduras. Libreme yo de ese rival, y librese Babilonia de tal rey. Su muerte es segura. Un soplo mio basta para apagar aquella alma, cuyos últimos resplandores ya se extinguen. Yo dejaria su castigo encomendado á la guadaña del tiempo, si él no quisiera aspirar el aroma de la flor de mis amores y deshojarla entre sus impuras manos. Pero esta noche de amor para él y de angustias para mí seria la última noche de mi vida..... ¡Ah! Le veo aparecer allí. Apenas le haya clavado el puñal en el pecho, me declararé rey de Babilonia, sin que nadie me corte el paso, porque en estos pueblos todos adoran al audaz y al fuerte. Se detiene en las ventanas, y mira al rio. Parece como que duda. Vuelve á andar, y retrocede. La luna brilla en las piedras de su corona y en el oro de su manto. Pronto su corona se habrá desprendido de sus sienes, y su manto le servirá de sudario. ¡Ah! ¿Por qué estará allí detenido tanto tiempo? Corre ahora, corre como un

insensato. Pues bien, muere, muere, rey de Babilonia. (*Le da dos puñaladas.*)

ORIEL.

¡Ay! ¡ay! (*Cae teñido en sangre.*)

SÁTRIAS (*gritando desde una ventana*).

Sátrapas de Babilonia, guerreros, cortesanos, vuestro señor ha muerto, herido por el rayo de la justicia de Belo. Creia poder jugar con nuestras cabezas á los dados, y la justicia divina, por mi mano, le ha dado el castigo que merecia. Si hubiese vivido un dia más, Babilonia, la ciudad de Belo y de Semiramis, hubiera perecido enflaquecida por el filtro que le daba rey tan vicioso. La serpiente ha sido aplastada. Buscad otro señor que arme los carros de guerra, enmohecidos y trocados por lechos de prostitucion. (*Se oye gran rumor, é innumerables hachones iluminan el salon.*)

VOCES CONFUSAS.

¡Viva Sátrias! ¡Viva Sátrias! Ha muerto, ha muerto Ninias.